

XI Domingo del Tiempo Ordinario • AÑO C • Lc 7, 36-8, 3

- Primera lectura • 2S 12, 7-10. 13 • *“El Señor ha perdonado ya tu pecado, no morirás”.*
- Salmo • 31 • *“Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado”.*

- Segunda lectura • Gá 2, 16. 19-21 • *“Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”.*
- Evangelio • Lc 7, 36-8, 3 • *“Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor”.*

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume.

Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: *«Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora».*

Jesús tomó la palabra y le dijo: *«Simón, tengo algo que decirte».*

Él respondió: *«Dímelo, maestro».*

Jesús le dijo: *«Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?»*

Simón contestó: *«Supongo que aquel a quien le perdonó más».*

Jesús le dijo: *«Has juzgado rectamente».*

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: *«¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama».*

Y a ella le dijo: *«Tus pecados están perdonados».*

Los demás convidados empezaron a decir entre sí: *«¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?»*

Pero Jesús dijo a la mujer: *«Tu fe te ha salvado, vete en paz».*

Esta unción tiene cierto parecido con la unción de Betania, que los evangelistas señalan como prefiguración y anuncio de la pasión y muerte del Señor. Esta unción de Lucas está repleta de perdón y conversión, aspectos de vida evangélica muy entrañables para el evangelista Lucas.

En el relato que precede se nos muestra a Jesús amigo de los pecadores. Este es una prueba de que efectivamente

Jesús era amigo de publicanos y pecadores. Este episodio constituye uno de los episodios más significativos de todo el Evangelio según San Lucas.

Vemos como resumen del texto que el arrepentimiento, el perdón de los pecados y la salvación se han hecho realidad en una persona perteneciente a uno de los sectores más marginales de aquella sociedad: una mujer y además pecadora. Jesús aporta una parábola que muestra la relación



entre el perdón de los pecados y el amor.

Vemos a Jesús participando en un banquete, lo hace en otras ocasiones como invitado, sin decirnos en esta ocasión el motivo. Tal vez porque Simón haya oído hablar de Jesús y tenga curiosidad por conocerle un poco mejor.

No se nos da el nombre de la pecadora; una tradición errónea la identificó con María Magdalena o con Marta la hermana de María y Lázaro.

Vemos una contraposición, contraste entre la actuación del fariseo Simón y el de la mujer pecadora. Todo fruto de la calidad del amor de una, la mujer... frente al del otro que tal vez sólo tenía curiosidad. Ello le sirve a Jesús para expresarlo con una parábola: el gran amor de la mujer a Jesús es prueba de que se le han perdonado sus muchos pecados

Hay que destacar la valentía de la mujer en todos sus gestos que Jesús remarca y sus muestras de agradecimiento con todos y cada uno de las acciones que realiza.

Jesús perdona los pecados y resalta la importancia de la fe que fue la que le llevó a buscar el perdón de Dios, concluyendo que el perdón ha de llenar a las personas de paz.



Le pido a Dios que su Espíritu me ilumine y que me ayude a descubrir y conocer un poco mejor a Jesús, para amarle más y seguirle más de cerca.

Contemplo esta escena de Jesús en casa de Simón sentado a su mesa con otros fariseos. Jesús ha venido para todos. Su mensaje, su salvación es universal. Es una situación aparentemente de confianza que tienen con Jesús.

Una mujer pecadora del pueblo se entera del lugar donde se encuentra Jesús y se sitúa en medio del convite a los pies de Jesús, mostrándole su afecto, su gratitud.

Lo que no ha hecho el anfitrión lo hace esta mujer marginada y todo ello Jesús lo hace público porque se sentía juzgado. Jesús amigo de publicanos y pecadores.

- ¿Cómo quiere Dios que actualicemos esta forma de ser de Jesús en nuestra Iglesia, en nuestras comunidades, en cada uno de nosotros?

- Verdaderamente Jesús rompe moldes. ¿Los rompemos también nosotros a la manera de Jesús, siguiendo sus pasos?

- De hecho ¿de quién estamos más cerca: de Jesús, de los fariseos o de la pecadora?

- Llamadas.



Oro a partir de todo lo contemplado.

**POR ESO TE DIGO,
SUS MUCHOS PECADOS ESTÁN
PERDONADOS, PORQUE TIENE
MUCHO AMOR:
PERO AL QUE POCO SE LE
PERDONA, POCO AMA**

Señor Jesús, una vez más Tú me invitas a ir a lo esencial. ¡Cuántas veces, de una forma u otra, me hablas de misericordia y en tu vida la expresas! ¡Cuánto perdón, Señor Jesús, hace falta en nuestro mundo!

Un señor me decía que en todas las familias “hay cosas”, para decirme que en todas las familias hay desavenencias, enfrentamientos, hijos que no visitan a sus padres enfermos o ancianos, hermanos que no se hablan por cuestión de unas propiedades...

Si Dios nos perdona también debemos perdonarnos unos a otros. Tú, Señor Jesús, perdonas a la mujer pecadora y te dejas acariciar por ella porque con esos gestos ella expresa su gratitud al perdón que le has conferido.

Ella, la mujer, te ve como una persona que no la mira con deseo de poseerla sino que tratas de dignificarla. Tú la respetas por ello la mujer se siente agradecida.

Es así como nos muestras que hay que levantar a los decaídos, a los marginados, a los humillados, a los que han caído.

Tu Iglesia, está llamada, Señor Jesús, a seguir tu obra levantando, dando la mano, perdonando, siendo escuela de perdón y misericordia.

A veces tenemos el peligro, nosotros y toda tu Iglesia, de juzgar, de condenar. ¡Cuántas veces ha caído tu Iglesia, todos nosotros en esa tentación!

El fariseo Simón no te entiende, no comprende, no puede o no sabe conjugar el perdón con el nombre de Dios. Al fariseo le escandaliza tu conducta. Él piensa más en un Dios que condena.

Todo está en que Dios es amor y el amor es capaz de todo, si no hay amor no hay nada a hacer, no se puede andar el camino del perdón.

Señor Jesús, ayúdanos a parecernos a Ti en tu forma de perdonar, aunque el mundo se pueda poner en contra. Ayúdanos a ser misericordiosos, a no condenar como Tú no lo hacías. No permitas que nos sintamos como jueces implacables.

Perdón, Señor Jesús por todas las veces que no he favorecido el perdón. Ten misericordia de tantas acciones de miembros de la Iglesia que no van en la línea del perdón. Gracias por tu perdón.



Ver • Juzgar • Actuar

**“Conciencia de pecado,
conciencia de Amor”**

VER

Todos tenemos la experiencia de pecar, sobre todo, del momento en que verdaderamente somos conscientes de haber pecado. Y tenemos experiencia de lo que sentimos en esos momentos: decepción con nosotros mismos, rabia, vergüenza, fracaso...

El pecado produce una ruptura de amistad con Dios, con el prójimo, y con nosotros mismos, produce malestar en nuestro interior y en nuestra conciencia.

Y nos empeñamos en hacernos otra vez buenos propósitos, nos esforzamos para demostrarnos que podemos superarnos... y al cabo del tiempo volvemos a caer en pecado, “tropezamos en la misma piedra”. Y acabamos dudando de poder avanzar y crecer, y parece que siempre vamos a quedarnos estancados.



JUZGAR

Es esa experiencia de ser conscientes del propio pecado es la que tuvo el rey David, como hemos escuchado en la 1ª lectura. El profeta Natán despierta su conciencia con ese «¡Eres tú!», y le hace caer en la cuenta de que, a pesar de lo mucho que Dios ha hecho por él («te ungué rey... te libré de las manos de Saúl... te entregué la casa de Israel y la de Judá...»), David ha «despreciado la palabra del Señor, haciendo lo que a Él le parece mal». Y es entonces cuando David responde: «He pecado contra el Señor», y cree que Dios le va a castigar... pero el profeta, ante su arrepentimiento sincero, le anuncia: «Pues el Señor perdona tu pecado. No morirás».

«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y viva», anunció posteriormente el profeta Ezequiel (18, 23; 33, 11); y esa voluntad salvífica de Dios se concreta en Jesús, porque «Dios no envió su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3, 17). Y así lo hemos visto en el Evangelio en donde «una mujer de la ciudad, una pecadora», consciente de su pecado, acude a Jesús y «llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas...».

Lo humanamente esperable sería la postura de Simón el fariseo: rechazo al pecador. Pero Jesús quiere provocar la verdadera conversión: la de Simón, y para ello le relata esa parábola; y también la de la mujer, y para ello, «volviéndose a la mujer», hace ver a todos los gestos de amor que ella ha realizado («me ha lavado los pies... me los ha enjugado... no ha dejado de besarme los pies... me ha ungido...») Jesús afirma que, aun con su pecado, esa mujer es amada por Dios, y por eso dice: «sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor». Jesús sabe que la verdadera conversión de quien es consciente de su pecado va a venir por ser consciente también de ser amado por Dios.

Tener conciencia de ser amados por Dios, de que en Jesús Dios derrama su amor sobre nosotros es lo que nos hace crecer, lo que nos da fuerza para seguir su camino, como decía san Pablo en la 2ª lectura: «vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me



amó hasta entregarse por mí». La conversión no la alcanzamos por nuestro solo esfuerzo y empeño: «el hombre no se justifica por cumplir la ley, sino por creer en Cristo Jesús». La verdadera conversión viene por sentirnos amados por el Señor, por sentirnos unidos a Él en todo momento («vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí»). Incluso en nuestro pecado, si somos conscientes de que, como a la mujer pecadora, Jesús nos mira con amor, no desesperaremos porque Él nos dice: «Tus pecados están perdonados...Tu fe te ha salvado».

ACTUAR

La Palabra de Dios hoy nos invita a sentirnos mirados con amor por el Señor. Para ser conscientes de esa mirada, preguntémosnos: ¿Tengo presente todo lo bueno que Dios ha ido haciendo en mi vida? En mi pecado, ¿cómo me acerco al Señor? ¿Cuánto hace que no me he confesado? A pesar de mi pecado, ¿qué gestos de amor realizo? ¿He tenido la experiencia profunda del perdón de Dios? ¿Soy consciente del amor de Dios, cómo influye en mi vida diaria?

Jesús hoy viene de nuevo a nosotros en la Eucaristía: aunque somos pecadores nos mira con amor y deja que nos acerquemos a Él. Seamos conscientes de su perdón y de su amor, y respondámosle poniendo amor en toda la celebración, en nuestros gestos, en nuestras respuestas, en nuestra mirada... para que, cuando escuchemos al final: Podéis ir en paz, tengamos la certeza de que es Jesús mismo el que nos dice, como a la mujer pecadora: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».



Acción Católica General
Alfonso XI, 4 5º
28014 - Madrid
www.accioncatolicageneral.es